

COMO ARIMA, EN EL CAMINO DEL HAIKU...

Por Javier Tafur González

Cuando Arima¹ iba por el camino escribió (en el 658), este poema:

*Voy atando ramas de pinos playeros
por Iwashiro,
pidiendo la suerte de volver a verlos.*

También este otro:

*En tazón servían arroz en mi casa.
Cuando viajo, lo sirven en hojas,
¡hojas de pasania!.*

-Pero, ¿Qué camino hace al príncipe? ¿Iba hacia el destierro?
-Sus guardianes tenían orden de matarlo por el camino...

Sabiendo que somos pasajeros, llamé a uno de mis libros “*El trayecto de Arima*”, y ahora me da una gran alegría tener en mis manos esta **Alabanza para grillos**, de Fernando López Rodríguez, que me alegra el camino con las voces y los juegos de los niños, las chicharras, el vuelo de las mariposas doradas, el petirrojo que suaviza la alambrada, las golondrinas.

Infinidad de seres habitan el universo, pero Fernando pone sus ojos en la carita angustiada de una niña en la escuela, en los loros maiceros, y cuenta las horas en la duración del tabaco del abuelo. ¡Que poeta éste que mira así las cosas! ¡que enseña la neutralidad de la regla! ¡la dureza de la tempestad, en el nido caído! ¡El llanto de los murciélagos en los tejados viejos!

Fernando nos cuenta, da testimonio del ritmo de su poesía, palpitando en su escritura de aire, respirando en su alma; y tras las lagartijas, cesa la orfandad, ¡cantan los grillos!, las guacamayas.

La alabanza esta llena de cantos, parloteos el alborozo de los niños, perfumes de bifloras y jazmines, colores de plantas, aves y de frutos; de luces y de sombras; en su partitura las golondrinas saludan al sol de la mañana, y los pies descalzos de una niña tocan la cuerda en que suspira el camino de las notas. El poeta entrañablemente abraza una ceiba cuyas raíces se hunden en la eternidad y sabe el secreto de los tiempos.

¹ Cabezas, Antonio. (1980). *Manioshu*. Madrid: Hiperión. p. 37.

Este camino de Arima, este camino del haiku, de azulejos y guayabas; de la palmera real que de pie da su clase. Entre la aurora y el ocaso, y en la noche, el poeta observa, pasa revista a su entorno, nos comparte nombres, situaciones, objetos familiares, detalles; dialoga con los grillos a cuyo canto une sus versos en esta alabanza. Atento escucha el diálogo de las piedras y el camino, las voces de las señas y los signos, el paso de las nubes, y está atento a un gusanito despistado que con peligro entra en el pavimento... El gusanito y la estrella: la cosmovisión a la que nos invita, mientras tratan de enredarse las ramas del nogal en la neblina.

El poeta ha paseado entre naranjos y sabe que acontece entre sus ramas, mira la silueta de las montañas, y desespera por ver la luna... relata el paso de las horas contemplando una libélula, ensaya silbos con la alondra, y reverente se inclina ante un lirio del camino del haiku por el sendero que recorre el cienpiés que no va más rápido ni más despacio por natura, y también deja su suave huella sobre el polvo de los tiempos.

El poeta escucha silencioso la lección de la lluvia; contar esta emoción lo lleva a las trinitarias, al hermoso vuelo de los gallinazos, a la mariposa azul; a escuchar, cómo después del temporal, gotean los eucaliptos; a ver, al atardecer, las piruetas de las golondrinas, y cómo en la huella del buey bebe agua la torcaza con la sed infinita de los vivos.

En ***Alabanza para los grillos*** –por el camino del haiku-, Fernando nos revela los sencillos detalles del mundo; con la magia de su palabra nos devuelve amorosamente lo cotidiano, tan sin importancia para muchos, pero tan valioso para Arima, cuando recorría el último trayecto del mundo que le fue dado vivir...

Gracias poeta, un abrazo y larga vida.

Javier